



Ignaz Philipp Semmelweis

**“SEMMELWEIS, MONUMENTO A
LA LUCHA CONTRA LAS
INFECCIONES”**

Autor:

Dr. Armando Castillo Sánchez

Profesor Auxiliar de Cirugía General

Especialista II Grado en Cirugía General

La cirugía está repleta de esplendorosas historias que honran los sacrificios, la perseverancia y la dignidad científica de los hombres de ciencia.

El arte de la medicina siempre tuvo como objetivo aliviar el dolor y el sufrimiento humano, algunos sucesos marcaron hitos en la historia de la medicina, tales como la aparición de la anestesia, la cirugía antiséptica iniciada por Joseph Lister, la hipótesis de Louis Pasteur y muchos otros.

La anestesia tuvo una rápida aceptación, desafortunadamente los intentos por controlar las infecciones no. Hoy día a pesar del desarrollo alcanzado en el campo de las ciencias médicas, con toda la tecnología que apoya el noble arte de la cirugía, la técnica quirúrgica más depurada, los cirujanos más hábiles y talentosos, en ocasiones el éxito de su trabajo se ve truncado por la aparición de infecciones post-quirúrgicas. Este elemento tenebroso obliga a la cirugía moderna a mantenerse encadenada a su historia, aquella que tenía

entre sus protagonistas al infierno de la fiebre y la muerte por supuraciones.

Hubo una época en que la fiebre puerperal cobraba muchas vidas maternas.

La impotencia ante esta verdad, el pesar por la posibilidad de ser el causante de esta realidad cobró la vida de Gustav Adolf Michaelis, profesor de obstetricia y director de la clínica obstétrica de Kiel. Probablemente la lectura de un artículo sobre el presunto descubrimiento de un joven médico en relación a la maldición de la fiebre puerperal contribuyó decididamente en la muerte de Michaelis.

Existió un hombre con un elevadísimo concepto de la dignidad, de la vergüenza científica, del cual se mofaron, se rieron de él y de sus descubrimientos, de la misma manera en que lo hicieron con Horace Wells. Ese hombre que hoy constituye un monumento de la cirugía, constituyó un ejemplo de oprobio y menosprecio por parte de médicos y hombres de ciencias, incapaces de interpretar correctamente sus conocimientos y verdades descubiertas, fue el mismo del cual tuvo noticias Michaelis, que en oposición a todo lo escrito en la época, señala la transmisión de sustancias infecciosas por las manos de médicos y estudiantes, que luego de practicar autopsias no se las habían lavado correctamente.

Este médico que desafió lo conocido hasta ese momento en relación a la fiebre puerperal era el Húngaro-alemán Ignaz Philipp Semmelweis (*Semmelweis Ignác Fülöp*), nacido en Ofen el 18 de julio de 1818. En el depósito de cadáveres del Hospital General de Viena observando al entonces joven profesor vienés Karl Rokitansky, Semmelweis decide cambiar la jurisprudencia por la medicina. Comienza a cursar sus estudios médicos en el Allgemeines Krankenhaus, Hospital General de Viena, convirtiéndose en alumno de Joseph Skoda (profesor de clínica médica), Karl von Rokitansky (profesor de anatomía patológica) y Ferdinand von Hebra (profesor de Dermatología). En febrero de 1846 a la edad de 22 años ocupó el cargo de ayudante en la primera clínica de obstetricia de Viena.

Al comienzo Semmelweis considera la fiebre puerperal un concepto médico más, consecuencia nefasta pero no siempre evitable del parto. En su primer mes de trabajo en las salas de obstetricia mueren no menos de 36 madres de 208. Recordemos que en aquellos

tiempos las mujeres que se “respetaban” parían en sus hogares. A pesar de incansables lecturas sobre el tema, Ignaz se siente insatisfecho por las explicaciones científicas disponibles y se resiste a creer en lo inevitable de la enfermedad.

La sección de obstetricia del Hospital General de Viena tenía dos subsecciones. Una, donde trabaja Semmeweils, destinada a las clases de obstetricia para los estudiantes de medicina y otra destinada a la formación de las llamadas comadronas, dónde los estudiantes no tenían acceso. En la primera sección cerca del 10% de las parturientes mueren de fiebre puerperal y en la otra el 1%.

Semmelweis por la sensibilidad de su corazón, su espíritu científico, se ve impulsado a investigar el por qué de esa diferencia. Una vez tras otra observa con sus estudiantes el mismo cuadro tras las autopsias en cuerpos de mujeres en el depósito de cadáveres: supuraciones, inflamaciones en casi todas las partes del interior del abdomen. Cada vez más la muerte va adueñándose de la subsección que encabeza Semmeweils, la misma se convierte en el terror de las mujeres sin hogar, donde parir y pasar la primera semana del puerperio.

Las dos secciones de obstetricia reciben a las pacientes en un orden riguroso: las del domingo se destinan a la primera, las del lunes a la segunda, las del martes de nuevo a la primera y así sucesivamente, sin alteración. No faltaron las mujeres que parieron en las calles aguardando por el día de ingreso en la segunda sección, la diferente a la de Semmelweis. Este cada vez se aferra más al trabajo, pasa largas horas de discusión con Markusowszky, su compañero de habitación y con Kolletschka, catedrático de medicina legal.

A finales de 1846 la mortalidad en su sección se había elevado al 11,4%, en la segunda sección era solo un 0,9%. Las mujeres de ambas secciones proceden de la misma capa social, la capacidad de ambos locales son las mismas, las medidas de orden obstétricos son similares, las parturientas paren echadas sobre un costado, es la orden de Semmelweis para semejarse a la segunda sección. Los cuidados en los momentos del examen físico son muy esmerados pues se decía que las manos féminas de las comadronas son más suaves y delicadas. En carta de la época a su amigo Markusovsky escribe: “No puedo dormir ya. El desesperante sonido de la campanilla que precede al sacerdote portador del viático, ha

penetrado para siempre en la paz de mi alma. Todos los horrores de los que diariamente soy impotente testigo, me hacen la vida imposible. No puedo permanecer en la situación actual, donde todo es oscuro, donde lo único categórico es el número de muertos". Es un momento en que además señala: "Todo quedaba sin la menor explicación, todo era dudoso. Sólo el gran número de muertes era una realidad indudable". Luego de unas semanas de vacaciones, a su regreso encuentra que su compañero Kolletschka ha muerto, entonces Rokitansky le explica que un alumno durante una autopsia le ha cortado accidentalmente en el brazo con el bisturí, luego de debatirse entre escalofríos y fiebre, muere su amigo. Semmelweis pide el acta de la autopsia de Kolletschka y para su sorpresa encuentra la descripción que tantas veces ha observado en las parturientas fallecidas, luego escribe:.. "y profundamente trastornado por la noticia de la muerte de Kolletschka, lo que se impuso por encima de todo en mi excitado espíritu con una irresistible claridad fue la identidad existente entre la enfermedad que se llevó a mi amigo y aquella bajo cuyas garras vi morir a tantos centenares de parturientas".

Hay entonces una pregunta que persigue incesantemente a Semmelweis; ¿es la misma causa de muerte de su amigo que las víctimas de la fiebre puerperal?, ¿es debido a que la lesión por el bisturí usado en las autopsias había introducido rastros de sustancias cadavéricas en descomposición?, ¿podían al trasladarse de la sala de autopsias a la de reconocimiento ser llevadas por él y sus estudiantes las mismas sustancias al vientre lesionado de las parturientas? En la segunda sección no trabajaban médicos ni estudiantes, solo comadronas que no practicaban nunca autopsias.

En su carrera por descubrir el secreto anatómico de la fiebre puerperal, días tras días en la sala de autopsias y el incremento de las defunciones le hacen sospechar por qué las mujeres con parto prolongado enfermaban con mayor frecuencia que las restantes. El número de reconocimientos era por supuesto mayor.

Semmelweis se siente tan conmovido que se encuentra entonces cercano a la locura, piensa incluso suicidarse. El cargo de conciencia es extremadamente pesado, creyéndose responsable de tantas muertes. Este cargo lo acompañaría por el resto de su vida. Pasado algunos años escribe: "... sólo Dios sabe el número de mujeres que por mi causa han bajado a la tumba prematuramente".

El 15 de mayo de 1847, sin consultar al profesor Klein, director de la clínica, fija un anuncio en la puerta que decía: "A partir de hoy, 15 de mayo de 1847, todo médico o estudiante que salga de la sala de autopsias y se dirija a la de alumbramientos, viene obligado antes de entrar en ésta a lavarse cuidadosamente las manos en una palangana con agua clorada dispuesta en la puerta de entrada. Esta disposición rige para todos. Sin excepción. I.P. Semmelweis."

El jabón, el cepillo de uñas y la cal clorada entran en su sección. No obstante en mayo de 1847, mueren el 12,34% de las pacientes, pero en los próximos meses este indicador baja, aún no está satisfecho Semmelweis, pero nunca antes había experimentado ese éxito y piensa encontrarse en el camino de la solución definitiva.

El 2 de octubre de 1847 recibe un golpe fulminante, al entrar en la sala las doce parturientas que se encontraban estaban agredidas por la fiebre puerperal. A pesar de los lavados de manos y las precauciones tomadas el fantasma ataca nuevamente.

Este hecho no derrota el incansable espíritu del hombre de ciencia, se convierte en más riguroso. En la primera cama de la sala en que la enfermedad ha contagiado a todas se encuentra una mujer con un carcinoma pútrido en el útero. Todos se habían lavado las manos antes de entrar en la sala de parto, pero después reconocieron a todas las mujeres unas tras otra empezando por la "cancerosa", sin cuidar de lavarse las manos entre un reconocimiento y el otro.

Es entonces que Semmelweis hace el segundo descubrimiento de su vida. Las materias infecciosas no solo se transmiten de muertos a vivos, sino también de un enfermo a otro. A partir de ese momento prescribe el lavado de manos antes de todo reconocimiento, es celoso con la limpieza de todos los instrumentos que hasta entonces se limpiaban con el faldón de la chaqueta. Traslada las enfermas con procesos sépticos a departamentos aislados.

En el 1848 de 3556 parturientas solo fallecen 45.

Todas estas medidas provocan mucha resistencia entre estudiantes, enfermeras y otros. El profesor Klein decide relevarlo de su cargo.

Sea por vanidad o envidia los obstetras y cirujanos europeos ignoran y rechazan su descubrimiento.

Semmelweis se caracterizaba por aversión a escribir o a perorar, el Doctor Hebra, padre de la dermatología escribe el descubrimiento en el mes de diciembre en la revista de la Real e Imperial Sociedad de Medicina de Viena, en abril del 1848 publica un segundo artículo.

En 1849, Haller, médico de la Sociedad vienesa de Medicina, en defensa de Semmelweis, señala: "La significación de este descubrimiento... para los hospitales en general y en especial para las salas de cirugía, es de tal magnitud que parece digno de la máxima atención por parte de todos los hombres de ciencia..."

Semmelweis simpatiza con los revolucionarios en la lucha contra el gobierno en 1848, el profesor Klein mostrando un espíritu mezquino lo denuncia y el proyecto impulsado por el profesor Skoda para la investigación de su teoría se desmorona.

El 20 de marzo de 1849 es expulsado de la maternidad, el profesor Hebra dijo para entonces: "Cuando se haga historia de los errores humanos se encontraran difícilmente ejemplos de esta clase y provocará asombro que hombres tan competentes, tan especializados, pudiesen en su propia ciencia, ser tan ciegos, tan estúpidos".

En plena revolución húngara, con un brazo y una pierna fracturada, en la miseria y hambriento es encontrado por su amigo Markurovsky y lo ayuda a su incorporación en la Maternidad de San Roque, dirigida por el doctor Birley.

A la muerte de Birley, en 1856 lo nombran director, sus recomendaciones en relación a la sepsis son ignoradas y escribe una carta a todos los profesores de obstetricia:

"Me habría gustado mucho que mi descubrimiento fuese de orden físico, porque se explique la luz como se explique no por eso se deja de alumbrar, en nada depende de los físicos. Mi descubrimiento, ¡ay!, depende de los tocólogos. Y con esto ya está todo dicho... ¡Asesinos!, llamo yo a todos los que se oponen a las normas que he prescrito para evitar la fiebre puerperal. Contra ellos, me levanto como resuelto adversario, tal como debe uno alzarse contra los partidarios de un crimen. Para mí no hay otra forma de tratarles que como asesinos. ¡Y todos los que tengan el corazón en su sitio pensarán como yo! No es necesario cerrar las salas de maternidad para que cesen los desastres que deploramos, sino que conviene echar a los

tocólogos, ya que son ellos los que se comportan como auténticas epidemias...”

Su única obra escrita es para el 1860, con ayuda de Markusovsky, titulada “Etiología, concepto y profilaxis de la fiebre puerperal”.

En 1861, durante el tercer congreso de médicos y biólogos alemanes en Speyer, el único que defiende a Semmelweis es el profesor Lange, de Heidelberg. Descubierta la importancia de la célula, Virchow condena la teoría de Semmelweis.

El grito de un hombre de ciencia que con toda la energía y el peso de su conciencia, exhibiendo un inquebrantable espíritu de lucha por el bien, ante las muertes absurdas es recogido en la historia con digno testimonio. Lamentablemente este grito no fue bien escuchado.

En 1864 aparecen los primeros síntomas claros del sufrimiento, y se ve obligado a interrumpir muchas de sus lecciones por llantos convulsivos. Hebra tiene que acompañar a su antiguo discípulo al manicomio. Semmelweis se había herido un dedo en una de sus últimas operaciones o autopsias en Budapest, por ahí penetra la enfermedad que durante los mejores años de su vida se había sacrificado. Muere el 14 de agosto de 1865, con apenas 47 años de edad.

Había muerto el hombre que escudriñó y penetró en los misteriosos laberintos de la asepsia y antisepsia, que más tarde conducirían al futuro luminoso de la ciencia quirúrgica.

FOTOS



Efigie de Semmelweis en un antiguo sello de Austria, editado en conmemoración de los cien años de su muerte.



“El deber más alto de la medicina es salvar la vida humana amenazada y es en la rama de la obstetricia donde este deber es más obvio”

I.F. SEMMELWEIS



Hospital Semmelweis, en Miskolc, Hungría